

Sobre los orígenes del marxismo en América Latina*

Oswaldo Fernández Díaz**

I. La problemática

El uso de la expresión “marxismo latinoamericano” implica, en primer lugar, cuestionar la posibilidad de su existencia conceptual.

Desde ya es un comienzo negativo que, sin embargo, pertenece a nuestra herencia, como problemática de una historia regional donde los ensayos revolucionarios fallidos, como El Salvador en 1932, así como también las experiencias victoriosas en Cuba o en Nicaragua, se unen para romper la ilusión dogmática y plantear una vez más, el problema de la diferencia entre el carácter universal del término «marxismo» y su especificidad latinoamericana.

Es ya un lugar común observar un malentendido de fondo entre Marx y Latinoamérica, una incompatibilidad histórica entre la teoría y la realidad. Podríamos ubicar ese desacuerdo en algunos textos de Marx y Engels y en el itinerario del comportamiento político de la III internacional respecto a Latinoamérica. Pero, de todas las referencias de Marx y Engels que hemos podido reunir solo queda, como prueba substancial de la tesis del eurocentrismo de Marx, el artículo *Bolívar y Ponte*, escrito para *The New American Encyclopedia* y el texto de Engels sobre la guerra entre Estados Unidos y México.

Esos pocos textos llegan a ser *el* texto, la obra entera de Marx, considerada como el principal obstáculo a la producción de una interpretación justa y correcta de la

* Texto publicado originalmente en francés en, 1883-1983. *L'oeuvre de Marx un siècle apres*, Paris, Presses universitaires de la France, (CNRS), 1983, p.211-221. La traducción ha estado a cargo de Celia Brousse y Patricia González.

** Dr. en Filosofía. Filósofo y académico de la Universidad de Valparaíso, Chile.

realidad latinoamericana. Por así decirlo, el pecado original extendido a toda la historia de las ideas marxistas en el continente. De ese modo y ante todo, el retraso de la II internacional a reconocer la especificidad de las luchas regionales y, después, el dictado de las políticas globales tal como la “guerra de clase” durante la época estalinista, expresaban solamente el desprecio a un nacionalismo sospechoso de ser reaccionario lo cual, en América Latina, no solo se remite a cada uno de los países considerados individualmente, sino que se proyecta también a la región entera.

En realidad la cuestión latinoamericana es casi inexistente en la obra de Marx, desde el momento en que sus referencias al capitalismo en la realidad periférica y en las relaciones de producción pre-capitalistas aluden al problema colonial y a la realidad asiática. Por otra parte, nos es suficiente comparar el alcance y la profundidad de sus análisis sobre la comuna agrícola rusa, con los escasos pasajes que tratan de la historia de América Latina, para concluir que no hay ninguna reflexión marxista sobre el asunto. Pero habría que concluir también que el pensamiento marxista de Lenin sobre la realidad rusa se basa en textos distintos a la carta que escribió Marx a Vera Zasúlich en 1881.

Así pues resulta difícil producir la expresión “marxismo latinoamericano” como concepto teórico-histórico toda vez que el término central –marxismo–, es sospechoso de eurocentrismo y percibido como el universal opuesto a la realidad de las formaciones sociales latinoamericanas.

Podemos intentar seguir el camino abierto por José Carlos Mariátegui y establecer entre los términos opuestos capitalismo/marxismo una solidaridad, en el sentido de que el desarrollo específico, regional, periférico del capitalismo, justifica la existencia del marxismo al interior de una realidad singular. La expansión de las relaciones de producción capitalistas a nivel mundial explica el desarrollo conjunto de su crítica teórico-práctica, el marxismo.

La pregunta planteada hace sesenta años sigue estando presente. Se reactualizó sobre todo después de la revolución cubana que hizo revivir toda la problemática.

Una revolución donde el Partido Comunista tuvo un papel insignificante, incluso negativo, como lo fue también el caso de la revolución sandinista en Nicaragua, donde se plantearon problemas no solamente en el plano teórico, sino también a nivel de las estrategias políticas, de las formas de organización y de los proyectos históricos.

Por el momento queremos llevar la problemática a su punto de partida, es decir, a la cuestión de los orígenes de las ideas marxistas en América Latina.

II. La difusión de las ideas marxistas: 1870-1910

Las ideas marxistas aparecen en América Latina antes de que las relaciones de producción capitalistas hayan llegado a la etapa de formación del proletariado. Fenómeno que podemos explicar por un doble proceso de influencia ideológica:

1) Los emigrantes políticos partidarios de las ideas socialistas; 2) los intelectuales latinoamericanos, quienes durante su formación europea, tomaban conciencia del ideal socialista.

De hecho, es de este modo que se introdujeron anteriormente en América Latina las ideas del socialismo utópico. Fue el caso de Eugène Tandonnet, discípulo de Charles Fourier, quien fundó en “el Plata” el primer diario socialista, *El mensajero francés*; o de los saintsimonianos argentinos de los que habla José Ingenieros; o incluso de Victory y Suárez que emigró de España en 1860 y editó en 1864, el primer libro comunista, *El comunismo d’Esteban Cabet*.

Al respecto, el historiador venezolano Brito Figueroa sostiene que «los revolucionarios que se escaparon de Cayenne: artesanos, publicistas, docentes y también librereros, se establecen en Venezuela entre 1849 y 1850». Entre 1852 y 1858, un francés, Pierre Cerreau, socialista utópico, fourierista, publicó un diario, *El Credo Igualitario*¹.

Entonces, las sucesivas oleadas de represión en Europa tales como la

¹ Julio Godio, *El movimiento obrero venezolano 1850-1944*, Caracas, 1980.

contrarrevolución de 1848, las luchas republicanas en España, la Comuna de París, la represión de Bismarck durante los años 80, explican la presencia de refugiados políticos entre los miles de emigrantes que se dirigían hacia el continente americano.

Eso nos explica también por qué el lugar privilegiado de esta influencia han sido las nuevas republicas del sur de América Latina como Argentina, Uruguay y, de cierta manera, Brasil. Existía, en esos países, una política estatal de inmigración que provocó una verdadera «ola de migración europea» una de cuyas consecuencias fue la penetración precoz del marxismo. Así pues, entre 1881 y 1935, Argentina recibe cerca de 3.500.000 emigrantes europeos, y Uruguay, cerca de 700.000.

A pesar de su importancia, los primeros signos de la penetración del marxismo en América Latina no superaban el círculo de los emigrantes:

1) En primer lugar, porque las actividades fueron orientadas de preferencia hacia la reproducción de su identidad cultural frente a la nueva sociedad lo que explica, asimismo, que los medios de comunicación privilegiados seguían siendo en el idioma original. Incluso la organización de la Primera Internacional en 1871 en Buenos Aires se hizo por grupos de idiomas, la sección francesa siendo la primera.

2) Después, porque el desarrollo de las actividades de los emigrantes seguía muy de cerca las alternativas, las polémicas, y las coyunturas del proceso revolucionario europeo.

3) Finalmente, si bien es posible constatar en la última década del siglo XIX una cierta preocupación por los problemas locales, eso se ajusta a la envergadura de una lucha sindical limitada al sector que concentra a los emigrantes, como fue el caso de Buenos Aires y Montevideo.

Se trata entonces de un intercambio de personas, textos e ideas en el marco de la emigración europea, intercambio determinado por los problemas de la política interna del país de origen. Y sin embargo, algunas de esas actividades tuvieron un impacto más importante, sobre todo en Argentina, por las razones ya invocadas.

Por ejemplo, el Club alemán Vorwärts, fundado en 1881 en Buenos Aires por los

refugiados políticos víctimas de las leyes antisocialistas de Bismarck, fue una de las más importantes experiencias de este período. Aunque su principal objetivo haya sido «cooperar con la realización de los principios y fines del socialismo, conforme al programa del Partido de la socialdemocracia alemana», su acción estuvo comprometida con las corporaciones locales, y es así que participó en los preparativos y la realización del 1º de Mayo 1890, primera gran manifestación obrera en Argentina. Entre los fundadores del Club, figuraba A. Kuhn, quien participó después en la fundación del Partido socialista y, luego, en la del Partido comunista argentino.

Otro caso fue el diario *El Obrero*, que tal vez constituye la primera iniciativa de un órgano ideológico y de propaganda ofrecida a los trabajadores de Buenos Aires. Allí encontramos los primeros análisis de la realidad argentina y de la política nacional, realizados sin embargo, desde la perspectiva de un marxismo aún demasiado atrapado en la óptica de la socialdemocracia alemana. Al respecto J. B. Justo afirma: “El estilo mismo de *El Obrero* revelaba el origen germánico del ingeniero Ave-Lallemant y de aquellos que participaron en su redacción”². Eso fue, sin duda, la causa de su débil recepción en el medio argentino.

Juan B. Justo (1865-1928), fundador y guía del Partido socialista argentino (1896), autor de la primera traducción española del libro I *El Capital* (1895), a pesar de su notoriedad e influencia sobre el socialismo latinoamericano a fines del siglo XIX, representaba la corriente reformista del socialismo, al estilo de la II internacional, una concepción mezclada de positivismo y liberalismo, así como German Ave-Lallemant representaba la tendencia de izquierda.

Esos ejemplos y muchos otros más nos muestran que se trata, en definitiva, de un tipo de marxismo cuyo centro productor dominante sigue siendo Europa, mientras su recepción en América Latina permanece pasiva. Esa situación no varía durante toda la edad de oro de la dominación oligárquica en el continente, cuya hegemonía, “no tenía ninguna limitación, dominando en todos los sectores y grupos sociales

² José Ratzel, “Los marxistas argentinos del 90”, *Revista Pasado y presente*, Córdoba, 1969.

existentes, tanto en el plano rural como en el urbano. Poseía la clave del poder político y cultural y, de acuerdo con el capital inglés, la clave del poder económico”³.

Por su parte, el proletariado no conocía otra forma de organización que la sociedad corporativa, cuyo objetivo principal era el de soportar la explotación de un capitalismo local que empezaba a desarrollarse como aliado del capital extranjero.

Las diferentes doctrinas socialistas, anarquistas y marxistas que circulaban en la época, no llegaban a superar el nivel corporativo de las organizaciones sociales, desembocando en un mismo tipo de mutualismo. Es decir, que durante ese periodo un marxismo que siguió al pie de la letra la versión socialdemócrata de la II internacional, no pudo modificar las formas dominantes de la práctica revolucionaria. Además, el marxismo en comparación con otras concepciones ideológicas, era claramente minoritario, siempre mezclado, confuso y ambiguo.

III El comienzo: 1910-1930

La posibilidad de un «marxismo latinoamericano» se plantea por primera vez de manera productiva, durante el periodo que se sitúa entre la primera guerra mundial y la crisis de 29, con Luis Emilio Recabarren (1876- 1924) en Chile, Julio Antonio Mella (1903-1929) en Cuba, y José Carlos Mariátegui (1894-1930) en Perú. Un marxismo ya distinto, porque aparece en el momento mismo en que el estado oligárquico se estanca en una crisis definitiva. Los lazos entre este marxismo y la crisis son estrechos, en primer lugar porque el marxismo surge como respuesta a la crisis, como alternativa revolucionaria del proletariado, pero también, por otra parte, porque sus contenidos derivan de esa situación.

Intentaremos ahora definir sus rasgos más significativos, junto con la relación entre ellos y la crisis de la oligarquía:

- 1) Primero, su vocación anti-imperialista, en reacción a la fuerza con la cual el

³ Marcello Carmagnani, *La Grande Illusione delle Oligarchie, Stato e società in America Latina (1850-1930)*, Torino, Loescher, 1981, p. 71.

capital norteamericano penetra en la región, cuyas inversiones pasaron de 1.641 millones de dólares en 1914 a 5.369 en 1929. El impacto del capital norteamericano se desarrolla paralelamente a la implantación más decidida de la doctrina Monroe, como lo confirman los acontecimientos de 1902 en Venezuela.

Los Estados Unidos asumían el papel de guardián al servicio de las relaciones financieras establecidas durante esta etapa de la madurez del neocolonialismo⁴.

La penetración del capital norteamericano rompe también el equilibrio entre los intereses internos y externos del pacto colonial de la oligarquía con el capital inglés, lo que significa un cambio de las relaciones capitalistas en América Latina porque la presencia dominante del capital norteamericano implicaba también el desarrollo de una economía de “enclave”, la cual introducía modificaciones en el corazón mismo del centro productor-exportador oligárquico, estableciendo un enfoque híbrido entre las formas precapitalistas y las formas tecnológicas propias de un capitalismo más desarrollado.

2) Igualmente el proletariado, sujeto del discurso marxista, ha cambiado. Este adapta también su mirada, tratando de comprenderse a partir de su existencia histórica al interior de una formación económica y social determinada. El proletariado se convirtió en una fuerza social concreta en varios países de América Latina, después de haber alcanzado la unidad nacional de clase.

El proletariado y la pequeña burguesía son, sin duda, las dos fuerzas sociales que emergen durante este período. Fuerzas, de alguna manera, causadas por las mismas contradicciones del desarrollo del sistema oligárquico, porque el tipo de Estado en el que habían intentado hacer su experiencia política no hace posible ninguna forma de representación.

Se trata de un Estado centralizado, tan represivo como paternalista, con un parlamento destinado a mantener el equilibrio entre los diferentes grupos de la oligarquía, o sistema del «caciquismo», donde la pequeña burguesía y el proletariado

⁴Tulio Halperin Donghi, *Histoire contemporaine de l'Amérique Latine*, Paris, Payot, 1972, p. 178.

existen como su *clientela*.

En esas condiciones, la emergencia de esas dos clases no podía ser sino anti-oligárquica. Buscaban un tipo de Estado diferente, una alianza política por fuera de la oligarquía y contra esta oligarquía, en fin, otra concepción del nacionalismo.

Pero estas dos fuerzas, de origen distinto, verán surgir un conflicto entre ellas, una tensión política e ideológica que corresponde a posiciones políticas diferentes. Una inflexión distinta en cuanto al nacionalismo y a la revolución se materializa en los programas y la acción de los partidos políticos respectivos. De este modo, los partidos vinculados al proletariado apostarán por la necesidad de la revolución, dejando al mismo tiempo el desarrollo del nacionalismo a la ambigüedad del Estado populista de los años 40.

3) A nivel propiamente ideológico, el marxismo se manifiesta como enfrentamiento a la ideología oligárquica dominante.

Un imprescindible acercamiento se realiza, entonces, entre el marxismo y otras expresiones culturales que actuaban en este mismo sentido, a saber la literatura y los movimientos de vanguardia, el proceso de reforma universitaria, las universidades populares, etc. Recabarren, Mella y Mariátegui participaban, de alguna manera, en esos movimientos, lo que nos explica también el carácter abierto del discurso marxista.

Julio A. Mella, por ejemplo, no encarnaba solamente las posiciones más avanzadas del movimiento estudiantil, sino que, más aún, este último representaba el espacio privilegiado de su intervención teórico-política. Por una parte, porque actuaba al interior de este movimiento, y, por otra parte, porque a partir de esta base, intervenía en el proceso revolucionario general.

Mella participó, como dirigente en el movimiento de la reforma de la universidad de la Habana en enero 1923. En el mes de junio del mismo año se convirtió en el presidente de la Federación de los Estudiantes Universitarios y en noviembre inauguró los cursos de la Universidad popular José Martí, que había fundado. Todas

esas organizaciones representaban un medio para llegar al resultado de sus objetivos políticos.

José Carlos Mariátegui, por su parte, si bien rechaza su pasado vanguardista, reconoce en ello “una insurrección... contra el academicismo y su oligarquía”⁵, y la revista *Amauta* que fundó en 1926 integró las corrientes poéticas y artísticas de vanguardia. Participó también en la Universidad popular Manuel González Prada de Lima, la cual era para él un instrumento de cultura socialista eficaz para,

... presentar al pueblo la realidad contemporánea, explicar al pueblo que vive una época trascendental de la historia, hacer participar al pueblo de la agitación fecunda que preocupa hoy en día a todos los pueblos...⁶

Asimismo, el diálogo con la oposición cultural, la confrontación a la ideología dominante, entrañaba también una ruptura con el liberalismo, uno de los componentes de la ideología oligárquica. Proceso teórico por el cual la desmitificación del período de la Independencia fue una de las metas principales.

Luis Emilio Recabarren comenzó su *accionar* desenmascarando los intereses de clases que estaban en juego en el proceso de la Independencia y que la historiografía oficial había siempre mantenido escondidos. Esas ideas aparecen en un escrito que publicó en 1909, bajo el título *Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana*. Una ruptura tal, suponía también que fuera superada la problemática abierta por Domingo F. Sarmiento en 1845, con su libro *Facundo*, bajo el signo de la oposición entre civilización y barbarie. Una antinomia cultural e ideológica que el liberalismo decidió a favor de la civilización, contra la barbarie representada a su juicio por el indio y los rastros de la civilización española. Estamos aquí frente a una polémica ideológica, dentro de la cual las distintas posiciones y los distintos prejuicios ilustran el desafío teórico del pensamiento latinoamericano de la época.

⁵ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Barcelona, Grijalbo, 1976, p. 229.

⁶ José Carlos Mariátegui, *Historia de la crisis mundial*, Obras completas, Vol. 8, Lima, Empresa editora Amauta, 1978, p. 15.

Es solamente con la llegada, a fin de siglo, de intelectuales como José Martí que se produce un cambio en los términos, posibilitando la vuelta a la tesis de Bolívar de 1815, en el sentido que,

...somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte (...) porque (...) no somos ni indios, ni europeos, sino una especie mediana entre los propietarios legítimos del país y los usurpadores españoles⁷.

José Carlos Mariátegui se sitúa en la misma perspectiva y su interpretación de la realidad peruana constituye, ante todo, la búsqueda de un nuevo tipo de nacionalismo. Su consigna, *peruanicemos* al Perú, contiene un doble alejamiento y una doble adopción. Más que la simple *aplicación* de un modelo europeo, o que la creación *ex nihilo*, absoluta, sin referencias, su marxismo tiene que ser concebido como una *traducción*, en el sentido que Antonio Gramsci dio al término. Una *traducción* que crea una realidad distinta, con una especificidad nueva, donde los dos componentes vuelven a encontrarse, pero transformados en un contenido *mestizo* como lo quería Bolívar.

4) Es característico también en el marxismo de este período, notar un cambio de actitud en relación al pensamiento mismo de Marx. Primero, en cuanto a las necesidades de la práctica política y, luego, a propósito de las formas de organización del proletariado.

La teoría aparece ya determinada por el movimiento de la práctica social: se trata de una teoría que debe pasar *la prueba* de ella misma en el momento de su fusión con el proceso revolucionario obrero.

Lo que buscamos ahora es la coherencia entre el pensamiento marxista, concebido en el marco del materialismo histórico y los problemas concretos de la práctica revolucionaria específica. Es la expresión teórica que constituye el resultado de toda esa experiencia, que llamamos *traducción*.

También en el plano de la exégesis percibimos un cambio en relación a la

⁷ Simón Bolívar, *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, 1979, p. 69.

ortodoxia. Así, Mariátegui en su *Defensa del marxismo*, publicado entre julio 1928 y junio 1929 en la revista *Amauta*, contra las opiniones de Henri de Man, Vandervelde y otros, instaura una dialéctica entre herejía y dogma, a través de la cual confiere una cierta importancia teórica al revisionismo como posición que desempeña un papel dinámico con respecto al marxismo. Un revisionismo que debe considerarse también en su contexto histórico, al interior de una formación económica y social concreta, como lo es Bélgica con Henri de Man.

5) La existencia de una relación particular con la teoría implica a la vez una forma singular de producción teórica y un comportamiento político-intelectual que da a la actividad revolucionaria un papel determinante. Se trata entonces de un tipo de intelectual «orgánico», diferente de aquel de la generación precedente. Recabarren, Mella y Mariátegui son al mismo tiempo los dirigentes políticos de la clase, sus organizadores, y los teóricos que difunden la interpretación de sus realidades específicas a la luz del materialismo histórico.

Recabarren dedicó su vida a la investigación de las formas de organización propias del proletariado. Cuando hacía referencia a la tesis de Marx, según la cual «la emancipación del proletariado debe ser la obra del proletariado mismo», es en la última parte de la frase en la cual pensaba. Comenzó sus actividades con las “mancomunales” durante la primera década del siglo XX, fundó el Partido obrero socialista en 1912 y transformó la Federación obrera de Chile en una central nacional en 1919, para finalmente terminar con la creación del Partido comunista chileno en 1922.

La importancia de la actividad práctica en Recabarren es enorme. A pesar de su rol de dirigente obrero y político, él fue, en varias ocasiones, diputado, editor, periodista y fundador incansable de diarios, tales como *El grito popular* en 1911, *El despertar de los Trabajadores* en 1912, *El Socialista* en 1915. Fue también organizador del teatro obrero, activista de la II Internacional siendo partícipe de la fundación de la sección argentina y de la sección uruguaya.

Esa preeminencia de la actividad práctica que, por otra parte, es muy clara también en Mella y Mariátegui, nos lleva a postular que la lectura del marxismo que desarrollan debe tomar en cuenta esa práctica que, a veces, la reflexión teórica, rectifica, modifica y completa.

6) Finalmente, el marxismo que surge como respuesta a la crisis del Estado oligárquico, estuvo también profundamente marcado por la crisis internacional del movimiento obrero, en el momento de la quiebra de la II internacional y del nacimiento de la III internacional.

Es un lugar común en los escritos sobre el marxismo en América Latina comenzar por evocar lo que llamamos la política fallida de la III internacional acerca de la especificidad regional. Primero, porque ella reconoce muy tardíamente, también en el periodo leninista, la realidad latinoamericana y, luego, porque a partir de los años 30, ella está en el origen del rechazo y del olvido del marxismo del cual estamos hablando.

Por lo que se refiere a la primera época, es decir, a los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, sería adecuado decir que no podemos juzgar su papel simplemente a partir de su comportamiento en relación con América Latina, sin olvidar que, desde su nacimiento, el organismo internacional vaciló entre dos objetivos, los cuales tomados por separados, son ambos legítimos: a) la organización del respaldo solidario y revolucionario al más joven estado soviético y, b) la organización internacional.

Así, la coyuntura histórico-política creada por la revolución rusa impulsó el desarrollo de las ideas marxistas en América Latina.

El impacto de la revolución de octubre, común a nuestros tres autores, fue el verdadero desafío de la III internacional, que radicalizó sus posiciones y contribuyó a la aparición de los Partidos comunistas. Fue entonces, como ya hemos dicho, en enero 1922, durante el IV Congreso del Partido obrero socialista de Chile que, a la propuesta de Recabarren, este se transformó en Partido comunista. Mientras en agosto 1925,

Mella fundó con Carlos Baliño y otros marxistas el Partido comunista cubano, así como Mariátegui funda en 1928 en Perú, el partido socialista peruano.

Aparte del carácter de evidencia de estos signos diversos, el marxismo de la época se inspira claramente en el campo teórico abierto por la III internacional. Es en su horizonte que el marxismo de Recabarren y, más aún, el de Mella y Mariátegui, adopta la forma de ruptura y define una concepción distinta de la práctica política, inclinándose claramente hacia la voluntad histórica. Con respecto a la ruptura, ella se extiende a todos los contenidos de una tradición compleja, que se presenta también como herencia. Así, la ruptura con el liberalismo y las tendencias anarco-sindicalistas continúan con el corte realizado por la tradición socialista dominante en el marxismo del período anterior.

IV Conclusión

Podemos hablar de “marxismo latinoamericano” a partir de este periodo, porque es aquí que empieza la respuesta, o tentativas de respuesta, relativas a su posibilidad teórica y práctica, como el justo equilibrio entre el singular y el universal implicados en la noción misma del marxismo, tal como se plantea en una situación como la de América Latina.

La tensión entre el nivel universal del marxismo y su eventual especificidad al interior de una formación económica y social determinada, se encuentra en la acusación formulada contra el eurocentrismo de Marx. Pero, ¿representaría el propio Marx lo universal dado que su intervención teórica procede, ella también, de tres formaciones sociales específicas: la alemana, la francesa y la inglesa? En consecuencia, se trataría de un universal que habría que definir dentro de límites históricos bien concretos. Ante todo, y principalmente, la exposición de la anatomía del modo de producción capitalista está limitada, sin embargo, a los datos concretos de estas tres formaciones sociales.

Un material histórico, en consecuencia, a partir del cual Marx elabora la

“gramática” de la reproducción capitalista en un momento dado de su desarrollo. Más que una “gramática” normativa se trata aquí de una “gramática” crítica y científica, que fija el universal a un estado determinado de su desarrollo, por el intermedio de un acto sincrónico que es capaz de precisar el momento lógico del proceso de reproducción. Pero, los estados cambian con la continuación del proceso de reproducción y la ampliación mundial de las relaciones capitalistas. Es posible, entonces, prever nuevas “gramáticas” con un material inédito en la época de Marx. El *diseño* inicial sigue siendo similar, sobre todo porque se trata del mismo modo de producción, pero la forma que asume en cada formación económica y social es diferente.

Con esta metáfora de la “gramática”, hemos tratado de postular, en primer lugar, la existencia en la historia del marxismo de momentos distintos, de expresiones igualmente singulares a las de Marx, Lenin, Gramsci, que constituyen campos teóricos cada uno con su propia especificidad. Han podido establecerse en la realidad concreta de la formación social en la cual la reflexión marxista se instala, la dialéctica adecuada entre la experiencia general y el acto de creación inédito. Como si se tratara de actos de nacimiento sucesivos del marxismo, dentro de los cuales podemos inscribir el marxismo firmado por Recabarren, Mella y Mariátegui.

Aunque se trata de momentos distintos, y a pesar de la *ruptura* que cada uno representa, constituyen también experiencias válidas, entonces *continuidad* en la medida en que están incorporados a la experiencia general.

Si consideramos que existe un movimiento mutuo, entre las experiencias adquiridas y el acto de creación, podemos postular también que en la investigación sobre el “marxismo latinoamericano”, cabe la importancia de cualquier otro tipo de marxismo que nazca.